

## LA "BIBLIOTECA DE BARCARROTA"

En los últimos días del año 1996, la Junta de Extremadura hacía pública la adquisición de un excepcional conjunto bibliográfico, que había aparecido tiempo atrás al realizarse unas obras en una vivienda particular de Barcarrota, pueblo de Badajoz próximo a la frontera portuguesa. El Presidente de la Junta de Extremadura, don Juan Carlos Rodríguez Ibarra, se comprometió aquel día a poner a disposición de todos los estudiosos y público en general una edición facsimilar de todas las obras que componen esta biblioteca clandestina.

Seis meses más tarde se distribuía en las librerías españolas el facsímil del primero de estos libros y sin duda la joya del conjunto: una magnífica y hasta ahora desconocida edición del *Lazarillo de Tormes* hecha en Medina del Campo en 1554. Con este facsímil (del que ya se han agotado dos ediciones, acompañadas de un estudio de Jesús Cañas Murillo) se inició una colección de la Editora Regional de la cual acaba de aparecer ahora el segundo, *La muy devota oración de la emparedada en lenguaje portugués*, con traducción y notas del profesor de la Universidad de Extremadura Juan Carrasco y acompañada de un estudio de María Cruz García de Enterrías sobre este curioso ejemplo de piedad religiosa próximo a la superstición hechiceril.

Tan importante y controvertido hallazgo se ha prestado a un conjunto de variadas y atractivas hipótesis que mantiene hasta ahora a la comunidad científica en estado de expectante cautela. Se han barajado, casi siempre en privado o en medios de opinión no académicos, diversas conjeturas sobre su procedencia: algún «alumbrado» excepcionalmente culto de los que proliferaron en la zona, la biblioteca del joven Montano, o bien la de Vignali (autor de un texto erótico —*La Cazzaria*— que figura manuscrito dentro del conjunto bibliográfico), o quizá de algún judeoconverso posiblemente vinculado con el vecino reino de Portugal.

A la espera de que investigaciones más reposadas confirmen o refuten las diversas hipótesis que de inmediato suscita la pequeña biblioteca clandestina, fortuitamente hallada en las tapias de un doblado de Barcarrota, he manifestado preferencias por esta última posibilidad en un artículo firmado conjuntamente con Fernando Serrano Mangas, que ahora avanzaba algunos rasgos de lo que podríamos llamar su «perfil ideológico».

El primero y más evidente de estos rasgos, el que unifica a todo el conjunto bibliográfico, dentro de su acusada heterogeneidad temática, es el de la heterodoxia doctrinal. La presencia del elemento hebraico y del humanismo erasmista, junto a tratados de quiromancia y a un manuscrito de contenido obsceno, explican sobradamente los motivos que indujeron a su antiguo dueño a tan eficaz ocultamiento. El hecho de que casi toda aquella temática se hallase incluida en el catálogo de libros prohibidos mandado a publicar en agosto de 1559 por el inquisidor general Valdés, nos permite suponer que la biblioteca fue apresuradamente abandonada por parte de alguien que no pudo o no quiso recuperarla: quizá un lector ávido de todo género de lecturas heterodoxas que vio abruptadamente concluida su existencia, o tal vez el codicioso colector de libros prohibidos de procedencia diversa, que creyó poder sustraerlos a las pesquisas que periódicamente giraba el tribunal de la Inquisición de Llerena por los pueblos de su distrito y al final terminó llevándose su secreto a la tumba...

En el primer caso nos hallaríamos ante un sujeto dotado de un don de lenguas considerable (hay textos en italiano, portugués, latín, hebreo, francés, etc.), bien conectado con el exterior y con un amplio espectro de intereses culturales. El segundo supuesto indicaría la existencia de un tráfico abundante de literatura prohibida, algo que de confirmarse arrojaría nueva luz sobre un tiempo y un espacio en el que habría de transcurrir la infancia y mocedad de Arias Montano, pero también los prolegómenos de ese brote de libertinaje intelectual y erótico que se conoce con el nombre impropio de *los alumbrados de Llerena*.

Facsímil de “La muy devota oración de la emparedada en lenguaje portugués”.



difícil imaginar a un lector de semejantes libros aisla-

do en la villa de Barcarrota, sin

ninguna clase de comercio intelectual con otros sujetos afines. Todas estas desviaciones doctrinales nos hacen pensar en una minoría desafecta —cuando no hostil— a todos los valores y creencias dominantes, dotada de un grado notable de cultura y de posibilidades económicas, capaz de tejer una red de contactos familiares o comerciales con otros países. Esa minoría (sin que ello suponga dar por buenas todas las tesis de Américo Castro) muy bien podría ser en este caso la de los judeoconversos. La hipótesis de la existencia de algún tipo de conexión entre la biblioteca de Barcarrota y esta clase o grupo de afinidad espiritual no resulta descabellada si tomamos en consideración varias circunstancias.

La primera de ellas es la presencia dentro del conjunto bibliográfico de un curioso tratadito dirigido contra los conversos, que se conoce con el nombre de Libro del Alboraique.

Desde luego, si la diatriba del Libro del Alboraique se dirigía contra los conversos sin ceros, y no contra los forzados que seguían íntimamente fieles a la ley mosaica,

uno de estos últimos, habitante más o menos circunstancial de la villa de Barcarrota. Este supuesto casa a la perfección con la presencia dentro de uno de los libros de ese misterioso círculo recortado en papel en el que, además de una estrella de David, figura la leyenda «tetragrámaton» (forma criptica de designar el nombre de dios en hebreo) y sendos textos en espiral, anverso y reverso, que combinan unas parafrasis bíblicas, invocaciones confusas, junto a una referencia personal en la que posiblemente se halle la clave del misterio. En efecto, el nombre que se lee con toda claridad en el anillo más externo del anverso, FERNAO BRANDAO, «portugués de Évora y señor de Saom [...]». La proximidad de Évora, los vínculos de solidaridad familiar y las estrechas relaciones entre los judíos de ambos lados de la raya, pueden ser las circunstancias aclaratorias de la procedencia de esta biblioteca.

Creemos además, que sobre el cañamazo del elemento hebraico, podrían tejerse todos los hilos de las

variadas tramas de heterodoxia que confluyen en la biblioteca de Barcarrota, desde el humanismo erasmista hasta la quiromancia o la quiromancia.

A primera vista, no es fácil de establecer un nexo entre el elemento hebraico y una figura como la de Erario de Rotterdam, bastante proclive a los prejuicios antisemitas, muy alejado, en cualquier caso, del misticismo mesiánico que solía caracterizar la espiritualidad de los conversos de estirpe judaica. Sin embargo, el sincretismo erasmista, su espiritualidad esencial, su modo de entender la religión, nada formulario y ritual, debió de ser el bálsamo caritativo que necesitaban aquellas criaturas afligidas, víctimas en muchas ocasiones de una íntima y sincera escisión de conciencia. Caro Baroja apunta que «los conversos de verdad tenían inquietudes religiosas más hondas que los que se conformaban con una religión recibida de sus mayores», y este sentido, la piedad erasmista tendría que ser más de su gusto que los ceremoniales externos y rutinarios o el dogmatismo extremo de otras formas de religiosidad cristianas.

Pero incluso los falsos conversos, los criptojudíos, pudieron encontrar también un apoyo espiritual en los alegatos erasmitas en pro de la tolerancia, el irenismo y la verdadera caridad. Precisamente, una de las obras de Erasmo que aparecieron en Barcarrota, la *Lingua* (libro en el que, al parecer, se encontró círculo de papel) fue una de las que mayor difusión conocieron en España, sobre todo entre aquellos que pudieron haberse identificado personalmente con la denuncia que en ella se hacía de la maledicencia o «males de la lengua desenfundada». En este sentido se ha dicho que "muchos trozos del libro podrían tener interés para las minorías perseguidas de España, aunque la judería ortodoxa reciba duras palabras de Erasmo".

Si pasamos ahora a considerar el ingrediente esotérico de la biblioteca, tampoco es difícil de hallar vinculaciones con un sustrato cultural hebreo. Ciertamente, los dos tratados quirománticos del Mantuano que figuran en el conjunto pretenden ser de procedencia aristotélica, pero no podemos olvidar la vinculación de estas prácticas y creencias con la cábala judía. Es bien conocida, por otra parte, la propensión de

los criptojudíos a precipitarse por todos los vericuetos del esoterismo, tendencia común en las situaciones individuales o colectivas de anomía e indefinición cultural, que se explica por una intensa búsqueda de atajos que conduzcan a la verdad, al bien o a la virtud. Sin el firme apoyo de una fe heredada y un dogma definido, el conocimiento de la verdad y del bien habría de resultar por fuerza mucho más problemáticos a los conversos y los judaizantes que a aquellos que vivían con la naturalidad de un sistema de creencias y normas que son heredadas de la tradición familiar y que al mismo tiempo eran también las que reglan de forma oficial y pública en la sociedad en que vivían. El mundo de los conversos, lleno de contradicciones, de inseguridades, propenso al secretismo y a la esoteriología, era una atmósfera propicia en la que prendía y prosperaba lo supersticioso y hechiceril. Eso lo reconocen incluso quienes cuestionan que la tendencia a la superstición de un judío fuese mayor o distinta que la de un cristiano. Así, por ejemplo, López Martínez admite que «andando el tiempo, sin dirección espiritual directa de los judíos y teniendo que practicar sus ritos en difícil clandestinidad, habrían de arribar frecuentemente hacia el ocultismo, la magia, etc». Hay también antropólogos que vinculan la idea de frustración con las prácticas esotéricas, y desde luego este estado psicológico debió de abundar en una minoría estigmatizada por su origen, que sin embargo se sabía capacitada culturalmente para ejercer muchos de los cargos de relevancia social que se les vedaba por motivos raciales injustificados. Notados de ignominia, inhábiles para los honores y oficios relevantes, llenos de zozobra, con cierta dificultad para discernir los límites entre lo profano y lo religioso, entre los extremos de la virtud y los inicios del pecado, algunos miembros de esta minoría étnico-religiosa sintieron también, con particular efusión, los vértigos del espíritu y de la carne que apuntan, aquí y allá en otros títulos, de esta singular y casi novelesca biblioteca hallada en Barcarrota.

**FERNANDO TOMÁS PÉREZ  
GONZÁLEZ**

DIRECTOR DE LA EDITORA REGIONAL  
DE EXTREMADURA